

Había en Roma dos clases de propietarios: aquellos cuya propiedad les daba derechos políticos y los que no los tenían de ella. Estos últimos eran los *erarios*, *erarii*. Lo mismo sucedía en Francia en tiempo del *pais legal*, donde para admitir á la gran función cívica del electorado, sólo se tenía en cuenta el impuesto sobre ciertos bienes de una cantidad pagada directamente al Estado. En aquella época, teníamos como Roma, nuestros *erarios*, y como en Roma también, había entre ellos hombres muy ricos y aun algunos que gozaban la mayor consideración en el Estado.

Mucho se ha escrito sobre el menosprecio del comercio entre los antiguos: lo que acabamos de decir lo explica por la diferencia que aquellas pequeñas ciudades, siempre en inquietud y acecho, establecían necesariamente entre los bienes territoriales que les aseguraban defensores decididos, y las riquezas comerciales, fáciles de ocultar en los momentos de peligro, ó de trasportar de una á otra ciudad, siendo así el comerciante más bien que un ciudadano, un extranjero dispuesto siempre á partir. Por eso, el testamento y la venta que trasmitían inmuebles, debían ser sancionados, en el origen, por el pueblo, al que más tarde reemplazaron cinco ciudadanos en representación de las cinco clases de propietarios territoriales ó ciudadanos activos.

Pero mientras el antiguo pueblo romano disminuía cada día más, aquellos á quienes había negado un puesto en el Estado, se lo hacían muy amplio y desahogado. La ley había prohibido el comercio á los senadores; sin embargo, la extensión del imperio, el abastecimiento de la capital y de los ejércitos, la ejecución de las grandes obras públicas, caminos, acueductos, templos, etc., daban origen á multitud de pingües negocios. El Estado los abandonaba todos á la industria privada: italianos, libertos enriquecidos en negocios pequeños, se encargaban de ellos y los llevaban á cabo, ora individualmente, ora asociados en compañías comerciales. Siendo enormes las ganancias, los ricos ciudadanos que no eran magistrados, quisieron también parte y se afiliaron á estas compañías, sobre todo después que la conquista de la Grecia, del Asia y del Africa hubo entregado estos países á los especuladores romanos: entonces hubo una escisión entre los que tenían el censo ecuestre ó de la primera clase. Los unos, hijos de senadores, no pensaban más que en suceder á sus padres en los honores; los otros, de origen oscuro ó rechazados de los altos cargos, como hombres nuevos, se dieron á los negocios, y estos fueron los llamados publicanos. El orgullo aristocrático solía ceder ante la importancia de los beneficios, y se consintió en admitir el alto comercio, que cesó ya de ser deshonroso (1).

El senado había guardado para los procónsules y pretores la administración política y militar de las provincias, pero fiel al espíritu de los tiempos heroicos, no había querido encargarse de los detalles de la administración rentística por no tener que crear un numeroso personal de agentes. Todos los quinquenios los censores arrendaban los impuestos en pública subasta, es decir, que por una cantidad inmediatamente recibida, abandonaban á los particulares, ordinariamente jefes de compañías, *manicipes*, el cuidado de repartir y recaudar, durante cinco años, los impuestos del Estado.

Hecha la subasta y pagado el impuesto, partían los publicanos con un ejército de agentes y de esclavos á la provincia que se les asignaba, y entonces comenzaban las inauditas exacciones: una vez, en lugar de veinte mil talentos que debían recaudar en Asia, arrancaron nada menos que

(1) Cicerón dice (*de Off.*, I, 42) que el comercio era más ó menos estimado según que era más ó menos considerable.

ciento veinte mil. Quiso intervenir el gobernador de la provincia y se compró su silencio; después se le intimidó, y con esto no quedaba á las víctimas sino el lento y peligroso recurso de quejarse á Roma. Desde la segunda guerra púnica, los publicanos se hacían ya temer del senado, y en tiempo de la conquista de Macedonia, era opinión recibida que allí donde se encontraban era perjudicado el tesoro ó oprimidos los súbditos. Es curioso ver á los publicanos haciendo valer para sus intereses las ideas nuevas, y negando en nombre de las doctrinas de Evemero, la divinidad de los dioses para apoderarse del derecho de repartir y cobrar el impuesto sobre las tierras sagradas. Un sacerdote de Anfiraio, en Beocia, protestaba haciendo valer su inmunidad: «Paga, decía el publicano; tu dios no es más que un hombre (2).»

Las conquistas de los pueblos bárbaros son terribles: en tres ciudades, *Djenghiz-khan* mató cuatro millones de hombres. A lo menos en cuanto aquellos conquistadores nómadas llevan á otra parte su cólera, renace la calma y las heridas que abre la espada se cierran muy pronto. Pero una nación de pobres labradores, acostumbrados á hacer dar á la tierra todo lo que puede dar, un pueblo que de la civilización no conoce aún más que los placeres materiales que ella misma procura, quiere gozar su victoria y explotar todos los días su conquista. Al gobierno del mundo llevaron los romanos las costumbres de su vida privada. Acostumbrados por la pobreza á la avaricia, fueron ávidos, rapaces, implacables, como Catón su modelo, como el usurero que había sido, que era aun tan duro para ellos mismos. Más terrible que la guerra, el espíritu fiscal se introdujo en las provincias: los publicanos fueron sus instrumentos y el odio público estigmatizó su nombre. Los moralistas los reprobaron también y muy á menudo con razón. Sin embargo, hay que reconocer que el poder financiero ó rentístico de los publicanos era la aparición en el mundo romano de una cosa muy moderna, que nosotros no encontramos mala, el poder del capital, sin el cual no puede haber industria, ni comercio, ni bienestar para el mayor número. ¿Han sido acaso más desinteresados nuestros proveedores de ejército, nuestros especuladores de bolsa, nuestros empresarios de obras públicas?

Se dirá que los publicanos tenían muchos esclavos (3); pero también empleaban libertos y hombres libres que encontraban con ellos el acomodo ó la fortuna. ¿Qué eran aquellos jefes de operarios, *praefecti fabrum*, á quienes llamaban á su lado todos los gobernadores de provincia y los comandantes de legión (4)? Balbo comenzó así y acabó por el consulado. El Africano había dicho desdenosamente: «El mismo pueblo no debe ser el rey y el factor del universo» (5). Hombres que han salido de las tiendas del comercio y de las oficinas de la banca irán tomando en Roma una importancia cada día más considerable, porque una parte de sus capitales empleada en bienes raíces les abrirá la entrada de las cinco clases de ciudadanos activos y aun la de

(2) Tito Livio, XLV, 18; Cic., *de Nat. deor.*, III, 19. *Negabant immortales esse ullos qui aliquando homines fuissent.*

(3) Este empleo de los esclavos en el comercio obligó á crear las acciones *institoria* y *tributoria* para dar á aquellos con quienes un esclavo había tratado en nombre de su amo el derecho de obligar á éste á cumplir los compromisos de aquél (*Dig.*, XIV, tit. III y IV). M. Pardessus (*Collect. des lois marit.*, I, 55) cree que estas acciones son más antiguas.

(4) A propósito de las grandes obras ejecutadas en Italia por Cayo Graco, dice Apiano (*Bell. civ.*, I, 23) que el tribuno atrajo á sus intereses de este modo á una multitud de operarios y trabajadores de todo género.

(5) Cic., *de Rep.*; Fest. s. v. *Portitor*.

la primera. Separada de la nobleza por sus costumbres, y del pueblo por su riqueza, esta otra aristocracia, la aristocracia del dinero, no tendrá ni la ambición orgullosa de los grandes, ni los apetitos de la multitud; pero tendrá otros, y

ella será la que perturbada en sus especulaciones por las guerras civiles (1), ayudará á César y á Octavio á restablecer el orden, volviendo del gobierno de muchos al gobierno de uno solo.

## CAPÍTULO XXXVII

### LA REACCION. — LUCHA ENTRE CATÓN Y LOS ESCIPIONES. — CENSURA DE CATÓN. —

#### ESCIPIÓN EMILIANO

##### I. — LA REACCIÓN

Todas las innovaciones de que hemos hablado irritaban á los partidarios del orden antiguo, y jamás desaparece el pasado sin combate. Catón se hizo el jefe de la resistencia.

Había nacido en Túsculo en 233; su tez rojiza, sus ojos grises, su penetrante mirada y su fosca expresión no anunciaban un compañero cómodo; y una palabra incisiva al servicio de un sutil ingenio, que sabía en toda discusión encontrar el punto vulnerable y en todo negocio llegar al éxito, obligaba á contar con él (2). Un epigrama que corrió á su muerte decía que Plutón no había querido en los infiernos «al hombre siempre dispuesto á morder.» No tenía deferencias ni miramientos con nadie. Cuando Eúmenes vino á Roma, se negó á verlo. «Pero es un hombre de bien, le decían; un verdadero amigo de Roma. — En buen hora, pero un rey es de su propia índole un animal carnívoro.» No trataba mejor al pueblo: un día que la multitud pedía una distribución de trigo, se opuso Catón y comenzó su discurso con estas palabras: «Ciudadanos, es difícil hablar á un vientre que no tiene oídos.» En otra ocasión, un tribuno sospechoso de envenenamiento proponía una ley inadmisibles. «Joven, le dijo Catón, no sé qué es peor, si beber tus misturas ó ratificar tus decretos.»

Había heredado por parte de su padre una pequeña propiedad en el país de los sabinos. Allí todavía eran antiguas las costumbres, y al límite de su campo veía la cabaña y las siete arpentas, que habían formado todo el patrimonio de Curio Dentato. Catón se inspiró en este ejemplo de vida laboriosa y frugal, y decía con mucha verdad: «La ociosidad quebranta más al hombre que el trabajo.» Así, todo el día trabajaba Catón con sus esclavos, comiendo y bebiendo con ellos: en invierno, cubierto con una simple túnica, y en verano desnudo bajo el más ardiente sol. Cuando cesaban las labores del campo, iba á abogar á las ciudades vecinas ejercitándose ya en las luchas que debían ocupar su vida.

Económico para sí mismo, como para el Estado, decía que una cosa de que pudiera prescindirse, es siempre demasiado cara, siquiera cueste un óbolo, y mientras estuvo á la cabeza de las legiones, no tomó de los graneros públicos para sí y para su séquito más que tres *medimnos* de trigo al mes. Durante su consulado, jamás le costó su comida más de treinta ases, y antes de salir de España vendió su caballo de guerra para ahorrar á la república los gastos del transporte. Verdad es que enviaba al mercado sus esclavos

(1) *Ap. Bell. civ.*, II, 13; Cic., *pro Planco*, 9.

(2) Su nombre era Porcio, y se le llamó Catón, de *catus*, á causa de su ingenio avisado y sutil. Algunos autores fijan su nacimiento en 238, pero sin fundamento, porque él mismo decía «que hizo su primera campaña á los diez y siete años, cuando Anibal, siempre vencedor, recorría el país á sangre y fuego.» Estas palabras no pueden designar sino el año 216, pero entonces hay que admitir que Plutarco y Tito Livio se engañaron dándole al morir 90 años.

enfermos ó viejos. «Yo, dice Plutarco, no tendría corazón para vender mi buey viejo, que hubiera agotado sus fuerzas en labrar mi campo.» Pero Catón no comprendía estas delicadezas: su razón serena y recta carecía de elevación y de verdadera grandeza. El romano era ante todo un hombre de negocios, y Catón fué más romano que todos sus compatriotas. La elegancia de ingenio y de maneras, el amor de las artes, le parecían gustos culpables (3); no amaba más que lo útil, hasta sacrificarle lo honesto. Retengamos, sin embargo, la bella definición que dió del orador: «El hombre de bien experto en buen lenguaje.»

Los grandes de Roma procuraban aun dar á conocer y elevar á las funciones públicas á jóvenes plebeyos que revelaban felices disposiciones. Este patronato era útil al Estado y á los que lo ejercían, como quiera que aseguraba á la república buenos servidores y á la aristocracia clientes afectos y devotos. La nobleza de Inglaterra obra de igual manera con gran ventaja suya. El protegido solía defraudar las esperanzas del protector; y así Mario vendrá á ser enemigo mortal de Metelo, que le había abierto la carrera; pero Catón, con haber llegado á los supremos honores, permaneció siempre fiel amigo de quien lo puso en camino de la fortuna.

Este patricio era el más noble personaje de Roma, Valerio Flaco. Conocedor de las rudas virtudes y del claro talento de Catón, lo hizo venir á Roma, donde lo apoyó con su crédito; y Catón, bien que fuera hombre nuevo, pudo llegar antes de los treinta años al tribunado legionario (5). Más tarde fué enviado á Sicilia, como cuestor de Escipión. Esperando que se acabaran de hacer sus preparativos, Escipión, en Siracusa, se hacía iniciar en la brillante literatura de los griegos y vivía en medio de los libros, del fausto y los placeres (6). Hubiérase creído ver á Alcibíades en Atenas.

(3) Afectaba cierto desprecio para con las musas griegas. *Quandocumque ista gens suas litteras dabit, omnia corrumpet* (Plin., *Hist. nat.*, XXIX, 1). Tachaba á Sócrates de hablador; se burlaba de la escuela de elocuencia que tenía Isócrates, y mucho más de los discípulos que envejecían á su lado, como si no hubieran de abogar sino en el seno de Plutón.

(4) M. CATO. PRO. PR. ROMA. Cabeza de la Libertad. En el reverso, la palabra VICTRIX, grabada bajo la Victoria sentada. Moneda de plata de la gente Porcia.

(5) Desde esta época se distinguió por la severidad de sus principios, contribuyendo á que se adoptara la ley Cincia, que prohibía á los jueces recibir derechos y dádivas (Tito Livio, XXXIV, 1; Cic., *de Orat.*, II, 7; Tac., *An.*, II, 5).

(6) Tito Livio, XXIX, 19; Tac., *An.*, II, 59; Vel. Patern., II, 1. «Entre tantas y tan admirables acciones de Escipión, no hay nada que le preste más gracia que verlo con la cabeza llena de aquella maravillosa expedición de Anibal y de Africa, visitando las escuelas en Sicilia y oyendo lecciones de filosofía hasta haber armado con ella los dientes de la ciega envidia de sus enemigos en Roma.» (Montaigne.)



Moneda de Catón (4)



Catón que odiaba, ó no amaba á los griegos, se irritó de ver aquella molicie y aquellos dispendios y se atrevió á hacer algunas representaciones. El general le contestó con altivez que iba á la guerra á velas desplegadas, y sólo de sus victorias, no de algunos sestercios, tenía que dar cuenta á los romanos. Por lo demás, añadió, no tengo necesidad de un cuestor tan minucioso. Y lo despidió.

## II. — LUCHA ENTRE CATÓN Y LOS ESCIPIONES

Catón volvió á Roma á aumentar, al lado de Fabio Cunctator, su antiguo general, el número de los enemigos de Escipión. Tal fué, según Plutarco, el origen de aquel odio con que persiguió Catón al Africano hasta el sepulcro. Pero



Una matrona (1)

Tito Livio no habla de este rozamiento; al contrario presenta á Escipión compartiendo entre Catón y Lelio el mando del ala izquierda de su flota, en la travesía de Sicilia al África.

Este odio ó antipatía resultaba muy bien de la diversidad de caracteres y costumbres de aquellos dos hombres ilustres, sin que sea necesario suponer entre ellos, mutuas ofensas. Escipión que tenía todas las necesidades de un espíritu superior y de un alma delicada, hubiera querido que á los trabajos de la política y de la guerra, añadieran los romanos los de la inteligencia. Había aprendido á amar el estudio en sus ratos de ocio, y los grandes poetas, los artistas de la Grecia habían abierto á su espíritu aquellos amplios horizontes, en que se borran los objetos particulares, en que desaparece la ciudad misma. Lisonjeado por los éxitos y por su propio genio, hubo de olvidar Escipión que era ciudadano de una república, cuya primera ley era la igualdad, y su antiguo cuestor debía hacérselo recordar cruelmente.

(1) Bronce mayor del natural, encontrado en Resina en 1745 (Roux, *Herculano y Pompeya*, t. VI, 1.ª serie, p. 67). Esta matrona, enteramente cubierta con una larga túnica, está además envuelta en un amplio manto, el cual, cayendo desde lo alto de la cabeza, se entreabre por el pecho al movimiento de las manos en expresión de ruego.

Después de haber ejercido la edilidad plebeya, obtuvo Catón la pretura de Cerdeña, distinguiéndose en aquel gobierno por su energía y desinterés. Desterró de la isla á todos los usureros y rehusó el dinero que la provincia quería señalarle, según el uso, para gastos de representación. Esta conducta, la austeridad de sus costumbres, que era ya una singularidad en una ciudad corrompida, y su ruda elocuencia, llamaron la atención general.

El pueblo amaba aún á su severo Censor, y sin obedecerlo, lo aplaudía. Y Catón, cruzando el Foro, descalzo de pie y pierna, con una mala toga (2), ó bien regañando á la multitud desde lo alto de la tribuna y oponiéndose á una distribución gratuita, era más respetado y atendido que los aduladores habituales del pueblo. En 195 los comicios lo elevaron al consulado con su amigo y antiguo valedor Valerio Flaco.

La Grecia no estaba aún pacificada: Antíoco amenazaba, Aníbal no había abandonado á Cartago; España y la Cisalpina se habían sublevado; pero se olvidaba á España, á Galia, á Aníbal y al rey de Siria. Bien se trataba de estos reyes ó pueblos; pero una sola cosa ocupaba al senado, á los cónsules, á los tribunos y dividía á la ciudad. ¿Podrán las matronas llevar en sus adornos más de media onza de oro, usar vestidos de variados colores y servirse de carros en las calles de Roma? Tal era la grave cuestión que suscitaba tan ruidosos debates.

La ley Opia había hecho estas prohibiciones en lo más recio de la segunda guerra púnica, y no hubo de ser obedida, á juzgar por el lujo que desplegaba la esposa de Escipión el Africano. «Cuando salía para ir al templo, dice un amigo de su casa, montaba en un brillante carro, vestida con la mayor elegancia y gusto. Delante de ella, se llevaban con solemne pompa los vasos de oro y de plata necesarios para el sacrificio y la acompañaba y seguía un numeroso cortejo de sirvientes y esclavos».

Dos tribunos propusieron la abrogación de aquella ley suntuaria, y el Capitolio estaba lleno de una multitud de hombres divididos en dos opiniones; las matronas mismas rodeaban todas las avenidas del Foro y fatigaban á los magistrados con sus tumultuosas solicitudes.

Pero encontrarán en el cónsul Porcio Catón un adversario inflexible.

«Romanos, dijo, si hubiéramos conservado nuestros derechos y nuestra dignidad de esposos, no tendríamos hoy que habérmolas con todas esas mujeres. Por no haber sabido resistirnos á cada una en particular, las vemos ahora á todas reunidas contra nosotros.... Dad rienda á los caprichos y pasiones de ese sexo indomable y no esperéis jamás que ponga límite á sus exigencias. Me habréis oído repetir á menudo que dos vicios contrarios, el lujo y la avaricia, minan la república, y son las plagas que han causado la ruina de todos los imperios. Por eso, cuanto más floreciente y feliz se presenta nuestra situación, tanto más crecen mis temores. Ya hemos penetrado en Grecia y en Asia, regiones llenas de peligros y seducciones; ya poseemos los tesoros de los reyes. ¿No he de temer que en vez de ser los dueños de estas riquezas, vengamos á ser esclavos suyos? Para mal de Roma, oídmelo decir, para mal de Roma, se han introducido aquí las obras maestras de Siracusa. No comprendo cómo hay entre nosotros quién alabe los frisos de Atenas y las estatuas de Corinto, y se burle de las imágenes de arcilla de nuestros dioses. De mí sé decir que prefiero estos dioses que nos han protegido y nos protegerán aún, así lo espero, si los dejamos en su sitio».

Plauto también acababa de hacer en el teatro una sátira

(2) Nunca quiso tener ninguna que le costara más de 100 dracmas.

mordaz contra el lujo de las matronas representándolas en las calles de Roma *fundis exornata*, como Bellay dirá, andando el tiempo, de los cortesanos de Francisco I, que llevaban encima sus molinos, sus bosques y sus prados; pero las buenas intenciones del poeta y del cónsul hubieron de fracasar: la ley fué abrogada y debió serlo. Las nuevas cos-



Vaso de plata (1)

tumbres nacidas de la victoria eran más fuertes que aquel reglamento suntuario hecho en tiempos de peligro y de miseria pública.

Catón partió muy luego para España. A su llegada, despidió á todos los proveedores: «La guerra mantendrá á la guerra,» dijo. Satisfecho Escipión con el amor de sus sol-

(1) Enocoe del tesoro de Bernay. Gabinete de Francia, núm. 2804 del catálogo. Este bello vaso forma parte de uno de aquellos pares (*paria, synthesis*) que los antiguos gustaban de reunir. El tesoro de Bernay contiene nueve pares. El asa, de plata fundida, está adherida á la panza del vaso por una máscara trágica y al orificio por dos cabezas de Medusa: estos adornos están repujados como los demás bajo-relieves. Los ovarios, collarinos y hojas que adornan los bordes superiores y dividen las dos zonas de figuras son las únicas cinceladuras de la masa. En la zona inferior ha representado el artista á Aquiles llorando sobre el cadáver de Pátroclo y el rescate del cuerpo de Héctor; en el cuello el robo del Paladión. La composición que adorna el vaso formando pareja con ésta es Aquiles arrastrando el cuerpo de Héctor y la muerte de Aquiles, y en el cuello, Ulises y Dolón. La elegancia del vaso, la perfecta adecuación á su empleo, la corrección del relieve y el buen gusto de la composición en general parecen de la buena época del arte; pero cierta pesadez en las figuras y detalles, más romanos que griegos, se aviene mal con esta suposición. Aquí tenemos un ejemplo de lo que podía producir la fabricación romana, aun fiel al gusto de los griegos (Saglio: *Dic. de ant. grieg. y rom.*, p. 805-806).

dados, y seguro de encontrarlos el día de la batalla, tan dóciles como valientes, solía hacer la vista gorda sobre sus placeres y excesos. Catón, al contrario, duro con los demás, como consigo mismo, no transigía con la indisciplina. Continuos ejercicios é infatigable vigilancia dieron pronto á su ejército el aspecto marcial de las antiguas legiones. Esta campaña, que Catón escribió, hizo mucho honor á sus talentos militares y le valió el triunfo: su conducta en la batalla de las Termópilas hubo también de aumentar su reputación.

Entre tanto crecía más y más la oposición contra el Africano en el senado y en el pueblo. Desde aquella apoteosis que había rehusado el día siguiente de su triunfo, el diente de la envidia no dejó de clavarse en él, y Catón, que no se atrevía á mirarlo de frente, animaba con sus vivos ataques á Nevio y á Plauto, los dos poetas populares. Nevio, especialmente, antiguo soldado de la primera guerra púnica, que cantó en el ritmo nacional, en verso saturnino, perseguía á los grandes señores con sus burlescas sátiras. «¡Ah! más que el oro amo yo la libertad.—Sufrid, pues; el pueblo sufre bien.—¿Sabéis quién perderá muy pronto vuestra gran república?» Una vez se atrevió con los Metelos: «La suerte, dijo, la suerte, no sus servicios los hace cónsules» (2).

Los agraviados contestaron con un verso de igual medida: «Los Metelos darán qué sentir al poeta Nevio.» Y en efecto, cumplieron su palabra, pues Nevio fué reducido á prisión, en virtud de la ley de las Doce Tablas contra los autores de versos injuriosos. Plauto, su colega y amigo, abogó por él en el teatro, mostrando un cómico espanto del suplicio impuesto al poeta, á quien había visto atado á una columna, con los hierros en los pies, de día y de noche.

Nevio tuvo que retractarse y compuso dos piezas para desautorizar sus ataques (3). A este costoso precio obtuvo de los tribunos su libertad. Pero muy luego volvió á reincidir, y esta vez no temió atacar la realza de Escipión: «¡Cómo! lo que yo aplaudo en el teatro no ha de llegar á herir los oídos de uno de nuestros reyes! ¡Ah! la servidumbre ahoga aquí la libertad; pero en los juegos de Baco hablabamos con voz libre.»

Otra vez desgarró aquella reputación de castidad que el semidiós había conquistado tan hábilmente. «Ese hombre que ha llevado á cabo tan gloriosas empresas, cuyas hazañas son inmortales, que impone por sí solo respeto á las naciones, un día fué sorprendido por su padre en casa de su manceba.»

Escipión se irritó y el poeta incorregible fué desterrado de Roma, y se retiró á Utica.

Advertido Plauto, no se atrevió ya ni á mentar á nadie, bien que haya pocas comedias suyas en que no deplora la pérdida de la antigua sencillez, atacando al mismo tiempo las nuevas costumbres. Ved la semblanza que hace de los filósofos y retóricos, aquellos grandes amigos de Escipión.

«Esos griegos, que bajo sus largos palios, cargados de libros y vituallas que han mendigado, conferencian y andan erizados de sentencias. A todas horas los veréis acampados en *thermo-pole*, empujando el codo de lo lindo. Cuando han sustraído alguna cosa, se dan buena prisa á salir con la cabeza velada y la bebida bien caliente, y luego vuelven con mucha gravedad procurando sostenerse sobre sus flacas piernas» (4). Y en otro lugar, hablando de un esclavo que

(2) El verso puede significar también: «Para perdición de Roma, los Metelos llegan á ser cónsules.»

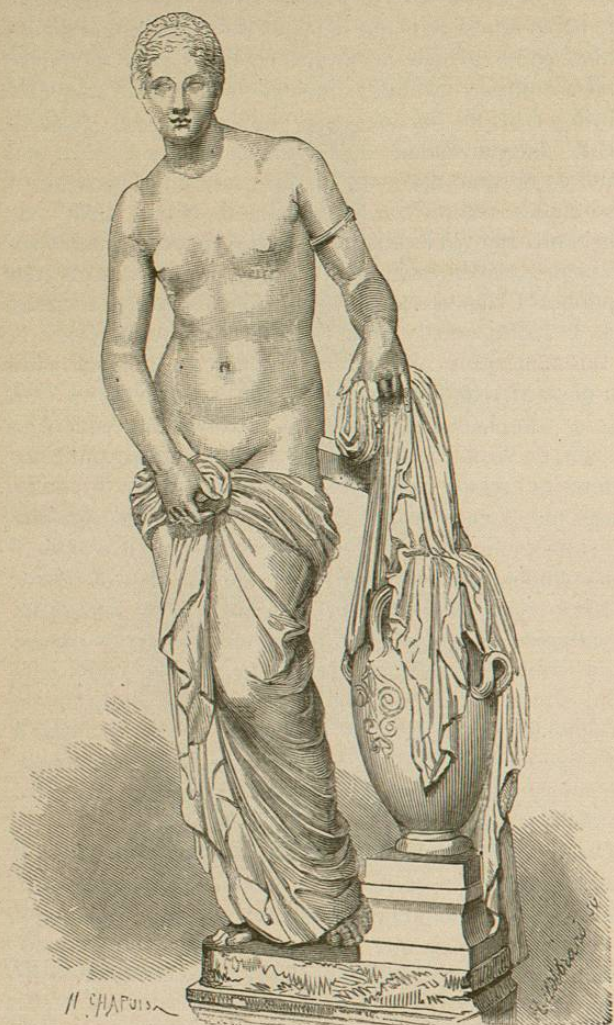
(3) *Cum in his... fabulis, delicta sua et petulantias dictorum, quibus multos ante laeserat, diluisset.* (Aulo-Gelio, *Noct. Att.*, III, III.)

(4) *Curcul.*, II, III, 13 y sigs. *Thermopole*, taberna, y en sentido recto, tienda donde se vende caliente. Hemos dejado el latín para conservar la irónica alusión á las Termópilas.



meditaba una truhanería: «Vedlo, dice, vedlo en actitud de filosofar.»

Pero el poeta no se atreve á aventurarse en el terreno candente de las alusiones políticas, prefiriendo pintar las costumbres de las clases ínfimas, de los sirvientes picarescos, de los viejos verdes y libertinos, del usurero del foro, del parásito decididor ó chistoso, de la joven esclava, inevitablemente libre en el desenlace. Con esta reserva no ganó Plauto más que el olvido de los nobles, cuyo favor estaba reservado para Ennio, para Andrónico y Terencio, elegan-



Venus de Cnido (1)

tes copistas de los griegos y dóciles y sumisos adoradores de la fortuna: Ennio fué sepultado con los Escipiones y Terencio vivió en su intimidad (2).

En cuanto á los poetas populares, Nevio murió en el destierro, y si Plauto no se vió reducido á dar vueltas á la piedra de un molino, como en su juventud, parece ser que el favor del pueblo no le valió mucho tampoco.

El partido de los antiguos romanos fué, pues, batido en sus poetas. Pero Catón iba á vengarlo.

En una república, el que cesa de subir empieza á bajar, y Escipión no podía mantenerse á la altura á que lo eleva-

(1) Repetición antigua de la obra maestra de Praxíteles. Museo del Louvre, núm. 59 del catálogo Clarac. No sabemos si esta estatua estaba ya en Roma, pero Catón había visto bastantes de estas divinidades de la Grecia para temer la concurrencia que iban á hacer á las informes deidades de la antigua Roma.

(2) Dígase lo que se quiera, tuvo algunos bienes, porque casó á su hija con un caballero romano y le dejó veinte arpentas de jardines á lo largo de la vía Apia.

ra la victoria de Zama. Por más que obtuviera los títulos de príncipe del senado y de censor, y mostrara en este cargo extremada indulgencia; por más que acusara á un concusionario, L. Cota, y se hiciera enviar al Africa para arreglar las diferencias (que no arregló) entre Cartago y Masinisa, lo abandonaba ya la popularidad. Flaminio, Catón mismo, eran los héroes del día. Para despertar la atención del pueblo, hubo de solicitar, en 194, por segunda vez el consulado: era una falta, porque este consulado fué oscuro (3), y deprimió al pueblo señalando á los senadores sitios particulares en el teatro. Así, cuando en 192 pretendió el consulado para su yerno Escipión Násica y para su amigo Lelio, sufrió un doble desaire.

Su hermano, sin embargo, fué elegido dos años después y encargado de la guerra de Asia, adonde lo acompañó el Africano; pero esta campaña más brillante que difícil, sin añadir nada á su gloria, le costó el reposo de su vejez. Desde entonces Catón no cesó ya, según la enérgica expresión de Tito Livio, de ladrar contra aquel gran ciudadano. Sin embargo, había sido su cuestor; pero Catón, hombre duro y seco, no había aceptado aquellos sentimientos de respeto y piedad filial, que en opinión de los romanos, debía haber conservado siempre para con su antiguo general. En las Termópilas, exagerando Acilio sus servicios, hubo de declarar en presencia del ejército que le debía á él la victoria; pero cuando este cónsul pretendió la censura, olvidó Catón su noble conducta, se hizo su competidor y para apartarlo con mayor seguridad apoyó contra él una acusación de malversación de caudales públicos. Para un hombre que se preciaba de costumbres antiguas, no era esto seguir los ejemplos de los buenos tiempos, ó á lo menos, las virtudes que todos, y él mismo, atribuían exclusivamente á la antigüedad.

A su instigación, los tribunos Petilios intimaron á L. Escipión dar cuentas del empleo de los tesoros entregados por Antíoco (187), y habiendo hecho traer los registros, se apoderó de ellos su hermano: «Las cuentas están aquí, pero no las veréis.» Y las desgarró, añadiendo: «No ha de decirse que he sufrido la afrenta de justificarme de semejante acusación; que he tenido que dar cuentas de cuatro millones de sestercios cuando he hecho ingresar en el tesoro doscientos millones.»

El senado no tenía ningún medio de coacción contra el Africano, ni los negocios de la hacienda pública eran de la competencia de la asamblea popular. Mas por encima de aquella constitución, que no estaba escrita, se cernía la idea de la soberanía del pueblo, del derecho, por consiguiente, de intervenir los comicios por tribus, cuando los poderes establecidos eran impotentes. En virtud de este derecho vendrán á ser temibles los tribunos el día en que se separen del senado: ese día habrá dejado de existir la república.

Los Petilios presentaron á las tribus una rogación que apoyó Catón con un violento discurso: sírvase el pueblo ordenar que nombre el senado una comisión judicial que examine si se ha distraído del tesoro el oro de Antíoco. Es posible que hubiera habido irregularidades administrativas en la expedición de Asia. Pero Manlio Vulso había cometido ciertamente muchas otras dilapidaciones. Uno de los diez comisarios que fueron sus adjuntos hubo de trabajar para que se le incluyera en el proceso; pero instigado por su odio Catón, no quiso más que un solo acusado

(3) Según Plutarco, hubo de darse buena prisa en reemplazar á Catón en España; Tito Livio sólo dice que fué á la Cisalpina; pero los dos están de acuerdo en presentar como inútil este consulado.

para que fuera más segura su venganza. Los senadores tuvieron que obedecer el plebiscito, y un tribunal constituido bajo la presidencia del pretor Terencio Culeo, declaró culpables de peculado á L. Escipión, á su cuestor y á uno de sus tenientes, A. Hostilio. Fijóse la restitución en cuatro millones de denarios. «Si no ingresan en el tesoro, dijo el pretor, ó si no se da caución suficiente para cubrir esta suma, L. Escipión será reducido á prisión.»

Entonces uno de los tribunos, Graco, opuso su veto. «Juro, exclamó, juro que enemigo de los Escipiones de mucho tiempo atrás, no he de hacer ahora méritos para con ellos. Pero la prisión adonde he visto yo que el Africano ha traído tantos reyes y generales enemigos, no se abrirá para su hermano.» Y ordenó que se le pusiera en libertad.

Entonces, sin duda, fué cuando el Africano le dió la mano de su hija, la célebre Cornelia, madre de los Gracos (1). L. Escipión dejó que le vendieran sus bienes, cuyo producto no alcanzó á cubrir la multa: su pobreza vino á probar su inocencia. Sus deudos y amigos quisieron darle más de lo que había perdido; pero él no aceptó sino algunos objetos de primera necesidad (187).

Enviado un año después al Asia para terminar las contestaciones surgidas entre los reyes de Pérgamo y de Siria, recibió de los príncipes y de las ciudades aliadas bastantes presentes para celebrar á su vuelta con gran magnificencia juegos que duraron diez días, y en los que pudo ver Roma todas las curiosidades que Asia y Africa podían ofrecer: combates de atletas, cazas de leones y panteras, representaciones escénicas. El condenado de Catón volvía á ser el favorito del pueblo.

Pero el rudo lugareño de la Sabina era tenaz en sus odios, y habiéndose escapado Escipión el Asiático, intentó una causa criminal contra Escipión el Africano ante las tribus. «Es preciso, decía, poner al nivel de la igualdad republicana á ese orgulloso ciudadano, cuyo ejemplo alienta el menosprecio de las leyes y de los magistrados, de las costumbres y de las instituciones del país.» El tribuno Nevio acusó á Escipión de haber vendido la paz al rey de Siria.

El día señalado compareció Escipión rodeado de un numeroso cortejo de amigos y clientes. «Tribunos, y vosotros romanos, dijo con magnífica insolencia, en igual día vencí á Aníbal y á los cartagineses, y como en tal día conviene aplazar los procedimientos, voy sin más demora al Capitolio á dar homenaje á los dioses. Venid conmigo á rogarles que os den siempre caudillos que se me parezcan, porque si vuestros honores se anticiparon á mis años es porque mis servicios habían prevenido vuestras recompensas.»

Y bajando de la tribuna, subió al Capitolio. El pueblo todo siguió sus pasos dejando á los tribunos solos con sus esclavos y el heraldo, que desde lo alto de la tribuna, citaba en vano al acusado.

Otro día exclamó: «Yo no he traído de Africa más que un nombre.» Sin embargo, previendo nuevas acusaciones y continuos debates, se retiró al Linterno para no comparecer. El día señalado de nuevo, el acusado no compareció y L. Escipión excusó su ausencia por causa de enfermedad; pero los tribunos no quisieron aceptar la excusa, y ya iban á tomar una medida violenta, cuando Sempronio Graco intervino otra vez.

(1) Sin embargo, según Polibio, el casamiento no se celebró hasta después de la muerte de Escipión, versión aceptada por Plutarco y justificada por la edad de Cornelia.

«Mientras P. Escipión no esté de vuelta en Roma, dijo enérgica y resueltamente, no permitiré yo que se le procese. ¡Cómo! ¡ni los servicios, ni los honores merecidos han de asegurar nunca á los grandes hombres un asilo inviolable y sagrado, donde, si no rodeados de homenajes, á lo menos respetados puedan reposar en su vejez!»

El asunto quedó abandonado y el senado en cuerpo dió las gracias á Graco por haber sacrificado tan generosamente sus enemistades personales al interés general.

Retirado en Linterno en una quinta, donde no hubiera estado á gusto el más oscuro de los contemporáneos de Séneca, Escipión acabó su vida, entregado al culto de las musas. Con frecuencia iba allá Ennio á leerle sus versos y buscar, al lado del vencedor de Aníbal, inspiraciones para su poema sobre la segunda guerra púnica. Un monumento consagró el recuerdo de esta amistad del héroe y del poeta: los Escipiones colocaron la estatua de Ennio entre las del Africano y el Asiático, en el cenotafio que elevaron junto á la puerta Capena. La tradición refería también que un día, en aquella soledad de Linterno, hubieron de desembarcar unos piratas de lejanos países. Escipión hizo armarse á sus esclavos; pero al saber los piratas que aquella casa era la suya, tiraron las armas, y acercándose al umbral depositaron en él donativos iguales á los que se ofrecían á los dioses (2). Polibio fija la fecha de su muerte en el mismo año que la de Filopémenes y de Aníbal (183). Todavía hoy se cree ver en Patrica, la antigua Linterno, su glorioso sepulcro y la segunda palabra de esta inscripción que había hecho él grabar: «Ingrata patria, no poseerás mis cenizas» (3).

Ennio le había compuesto otra: «Aquí está encerrado un hombre cuyas hazañas no pudieron ser nunca dignamente pagadas.» Y hacía decir al héroe:

«Desde los lugares de que el sol se eleva, más allá de la laguna Meótide, no hay quien pueda comparar sus hazañas con las mías. Si es permitido á un hombre subir á la región donde los dioses moran, para mí se abren las amplias puertas del cielo.»

Estas palabras no son nada modestas; pero estaba permitido al poeta ponerlas en boca del héroe. Fuera de esto, la modestia no fué jamás una virtud romana, y bien puede dispensarse al salvador de Roma que no la hubiera tenido.

### III. — CENSURA DE CATÓN.

Catón triunfaba: los Escipiones estaban humillados y con ellos toda la nobleza. Después del descubrimiento de las Bacanales, el pueblo á pesar de la viva oposición de los nobles, dió aun la censura á aquel hombre nuevo, cuyo

(2) Valer. Max., II, x.

(3) Por más que se haya dicho, no puedo representarme á Escipión defraudando los caudales públicos. Cuando se han hecho tan grandes cosas, no se puede descender tanto, sobre todo cuando se desempeña, como Escipión, el papel de semi-dios. A pesar de la anécdota referida por Valerio Máximo sobre la dote de 10,000 ases dada á la hija de Cn. Escipión, aquella casa había de ser rica, porque el Africano y el Asiático, muy jóvenes aun, solicitaron y obtuvieron juntos el oneroso cargo de la edilidad (Polib., X, 4); pero era la riqueza de los antiguos tiempos. Si el Africano fijó en cincuenta talentos la dote de cada una de sus hijas, no les dió nada durante su vida, y después de su muerte, la viuda no pudo entregar á sus yernos más que la mitad; la otra mitad les fué entregada por Escipión Emiliano, después de la muerte de Emilia. Cincuenta talentos después de todo no eran, como se ha supuesto, una dote escantiosa para aquella época, pues Plutarco afirma que P. Emilio apenas dejó con qué pagar la dote de su mujer (Paul. Emil., 4), y estima, sin embargo, el valor de su herencia en 370,000 dracmas (Ibid., 43), ó, como Polibio, en más de 60 talentos. En cuanto á las construcciones de Escipión, su villa de Linterno era más que modesta. Véase la carta de Séneca fechada en aquel villajo.